

TIERRA LINDA

DOLOR Y REBELDÍA



PABLO MARRERO

Ilustración: M. Inés García- Soledad Ippólito

Pablo Marrero

TIERRA LINDA

dolor y rebeldía

novela

Ilustraciones:

María Inés García

Soledad Ippólito

Agradecimientos:

MOCASE de Quimilí, Santiago del Estero

Roberto Ruiz

Natalia Scarselletta

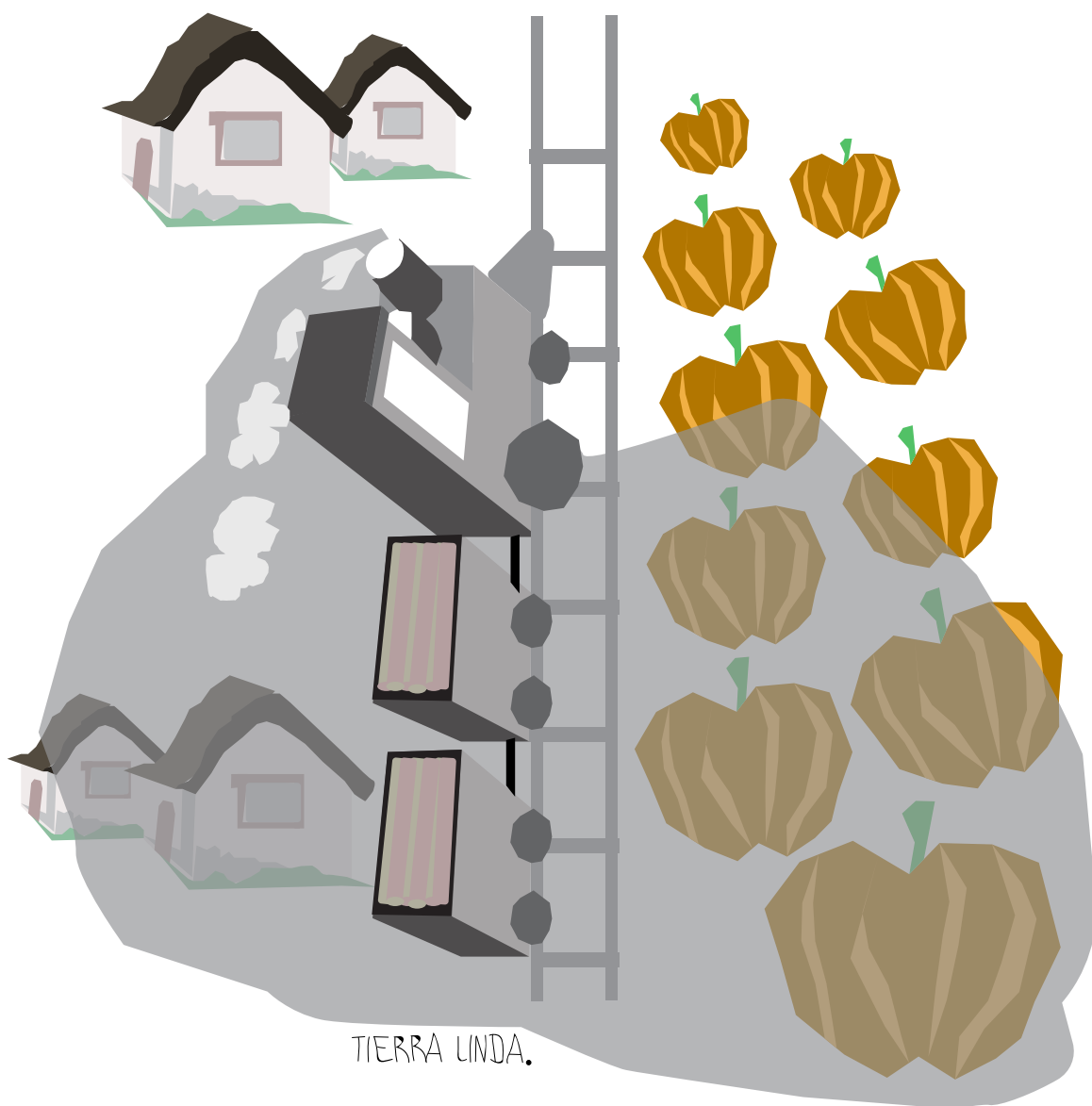
Fernando Tebele

Avanzo empujo expulso nada ni nadie me detiene no conozco límites pegada a la tierra me deslizo como una serpiente lenta y segura y en mi andar degluto todo lo que se interpone a mi paso plantas árboles cultivos ríos chivos cabras chanchos hombres mujeres niños viejos no pueden escaparse de mis fauces por cada milímetro que gano de tierra arranco suspiros gritos peleas risas llantos de mí hablan los poderosos y los miserables por mí discuten mandatarios intendentes diputados senadores hacendados se mueven barcos y aviones balances y balanzas tiemblan mercados suben las bolsas avanzo y es mi modo de ser nada ni nadie se resiste a mi paso me filtro por los surcos tiendo cercos salto ríos cruzo carreteras hasta que encuentro el sendero para seguir mi camino soy un ejército en varios frentes expulso al enemigo tomo campos sitio ciudades me adueño del territorio Régimen muchos me abren paso arrasan la tierra y la dejan como vientre fértil donde yo engendro me multiplico día y noche me multiplico segundo a segundo y así en mi implacable andar cosecho odios y elogios bruja de lenguas verdes me dicen muchos dama de carnes firmes suspiran otros no merezco odios ni amores nada de lo que soy es mío no nací por naturaleza ni me arrojé a los campos por mi antojo ¿Quién me engendró en la probeta? ¿Quién tala los montes? ¿Quién desvía el curso de las aguas? ¿Quién arroja el veneno? ¿Quién ordena el desalojo? Me ven como el engendro que escapa de su amo para hacer estragos se sienten hipnotizados por mis movimientos sensuales para algunos el color de mi sangre sigue siendo vida y esperanza para muchos muerte y desgracia no merezco ni el amor ni la condena nací de la mano humana y crezco de la misma mano avanzo empujo expulso y doy que hablar a mi paso para algunos soy el oro para muchos Plaga Verde.

Parte 1

Ya vienen, Puca, ya vienen. Se escucha el ronquido del motor que rezonga cuando lo aceleran ¿Cuántos grados debe hacer en la ruta? Como cincuenta, si acá, acobijados por tu sombra no paramos de chorrear agua... Tengo la gorra empapada, claro que el miedo me hace transpirar más; cada segundo que pasa se me ponen más duros los brazos y las piernas y me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes... Esta espera no se aguanta; por suerte ya están cerca. Vienen para satisfacer el hambre de la Plaga Verde, son sus sirvientes. Ahora deben estar sobre una loma porque suena como un bramido; ¿Cuántas casas habrá derribado la Destructorora? ¿Cuántos sembradíos aplastados? ¿Cuánto trabajo destruido? ¿Cuántos árboles talados? Es una escupida a nuestras manos, un cachetazo a nuestro corazón. Se ríen en nuestras caras y nos gritan que lo que hacemos no sirve para nada, que lo pueden derribar de un soplo. Una máquina descuajeringada puede barrer lo que tardó años en elevarse de la tierra. Las casas las levantamos en meses, la tierra la trabajamos semanas, las semillas las esparcimos en un día y en un tiempo crecieron los brotes que luego se hicieron maíz, sandía, batata, zapallo. Pero... esas semillas que esparcimos, ¿de dónde vienen? ¿Quién las trajo y las entregó a los abuelos, de los abuelos, de los abuelos, de nuestros abuelos? Cuánta danza amorosa hubo entre hombres, mujeres y tierra antes de que llegaran a nuestras manos. ¿Y los chivos y cabritos? ¿Quién crío a la madre, de la madre, de la madre, de los chivos que tenemos acá? Y esa madera con la que hicimos las columnas de los ranchos es carne de quebracho, pulpa tuya, ¿cuántos años has tardado en crecer así de alto, Puca? Acá hay mucha vida esparcida y mucho trabajo; muchas manos se llenaron de cayos antes que las nuestras. No, pues; lo que quieren destruir es mucho más que lo que aquí se ve. Estos zapallos, el maíz, la batata, las sandías, los chivos, los chanchos, las gallinas, los caballos no se pueden hacer desaparecer de una investida. Nosotros no podemos irnos de acá: somos todo esto y fuera de aquí no somos. Veinte familias... Ahora trece, porque algunas recogieron las migajas que caían de la boca de la Plaga Verde y se fueron, ¡quién sabe dónde irán a parar! No tenemos abundancia pero no nos falta la comida, el techo y algún trapo para cubrirnos. Y lo más importante: vivimos sin que nadie nos mande y no trabajamos para otros; todo lo que hacemos es para nosotros ¿Por qué no nos dejan vivir tranquilos? ¿A quién molestamos? El lugar que ocupamos es apenas un terrón comparado con lo que tienen, y quieren más; vienen por nosotros, ¿Para qué? Para darle la tierra a la Plaga Verde y así exprimirla, envenenarla, dejarla seca... Ya vienen, Suncha lo denuncia con sus ladridos, ¡ja!, ella también va a dar pelea: estamos todos decididos... padres, madres, abuelas, abuelos, tíos, sobrinos, hijos, nietos, perros, chivos, chanchos. Los que hacen más bulla son los changos que corren de un lado para el otro con sus juegos, como si acá no fuera a pasar nada. Antes de que lleguen hay que mandarlos para atrás. Nuestros muertos no se pueden ver, pero igual están acá porque ellos se entremezclaron con esta tierra. No se escucha el sonido de sus

voces pero podemos oír sus mensajes. ¡Ja! Si estuviera el abuelo Dalmasio nos contaría una vez más sobre los obrajes, de la Huelga Grande y el enfrentamiento con los Gorras Chatas y que esto no es nada comparado con aquello... Fue hace muchos años. Vos no conociste al abuelo Dalmasio porque no vivíamos acá, ¡Ja!, si aún puedo verlo con el mate en la mano y la mirada clavada en un lugar cualquiera antes de ponerse a narrar; si todavía puedo escuchar su voz pausada y temblorosa, pues.



¡Al monte! Gritó Dalmasio y su voz fue apagada por una descarga de fuego. ¡Al monte! Y el ademán de asomar la cabeza sobre los rollizos cargados en los vagones fue mutilado por otra descarga de fuego. ¡Tá, que tienen balas los Gorras Chatas!, dijo en voz alta para darse ánimo, pero ante otra seguidilla de explosiones se zambulló al fondo del vagón.

No ahorraban fuego y plomo. La Compañía no se fijaba en esos gastos: armas, botas, uniformes y esas gorras ridículas, eran suministradas por la Compañía para defender los bienes de la empresa ante esos bandidos que no querían trabajar. Desagradecidos con todo lo que les dio la Compañía: techo, trabajo, comida; sin la Compañía estos lugares serían puro monte espinoso, impenetrable, lleno de animales salvajes y alimañas, no conocerían el tren ni todo el progreso que trajo. Por eso el plomo está bien utilizado para quienes se levantan contra el orden y el progreso porque les metieron en la cabeza ideas que trajeron de otro lado. Vinieron con esos argumentos venenosos en los trenes y en los buques e infectaron los montes y esos analfabetos se dejaron llenar la cabeza. Sí, llegaron en los barcos que cargaban en el puerto los rollizos y el tanino, trajeron esos papeles que desparramaron por la zona las manos de prostitutas y como muchos no sabían leer, ellas convocaron a reuniones donde los forasteros les hablaron y los confundieron, les prometieron quién sabe qué paraíso. Así se metieron esos de la Federación Obrera para sembrar el odio contra la Compañía y por eso explotó la huelga.

¡Fuego!, ordenó el Capitán. La andanada de proyectiles desparramó por el aire pedazos de madera de los rollizos de quebrachos. Detrás de estos, Dalmasio y dos representantes de la Federación Obrera aguantaban el chubasco, a la espera de una tregua para escurrirse por algún sendero hacia la espesura del monte. Ya había corrido mucha sangre y la única forma de continuar la pelea era resistir adentro. Para eso no se podía contar con los obreros del tanino; hacía falta la guía certera y baqueana de algún hachero sino se quería terminar perdido en el monte, muerto de sed o por la picadura de alguna víbora. Por suerte Dalmasio conocía el terreno como el filo de su hacha y los de la Federación se entregaron a sus manos. Nada quedaba para hacer en ese lugar. La huelga había nacido en La Villa para extenderse como reguero de pólvora por todas las fábricas de tanino y obrajes del aquel lugar. Casi todo el territorio de la Compañía estaba infectada por el virus de la rebelión. Más de dos mil obreros quedaban sin trabajo luego de talar y talar montes de quebracho colorado para que su néctar embellezca el cuero de las botas de los caballeros del Viejo Mundo o las carteras de las damas enjoyadas. El tanino era el veneno que tenía en sus venas el árbol; por él lo demolían a puro hachazo. Doscientos años de vida eran trucados por ese tesoro codiciado por la Compañía. Uno a uno caían, ¡abajoooo!, hasta no quedar nada en pie y entonces el hachero no tenía más para

hachar y el obrero no tenía más que hacer en la fábrica. El resultado era más miseria, deambular de obraje en obraje, de pueblo en pueblo como fantasmas, o simplemente quedarse masticando rabia hasta que la Compañía los cargara en un tren para llevarlos a otro lugar del monte donde aún quedasen árboles para derribar.

La huelga explotó y los Gorras Chatas aparecieron para cazar a varios líderes y llevarlos a las cuevas de la Compañía, para que sus tentáculos los estrujara. Después los escupiría a algunos encierros para que se pudrieran en vida. Millares de amaneceres atrás incrustaban las cabezas de los líderes en picas para que los que se resistían al orden vieran lo que les podía pasar. Ahora había cambiado el método pero el mensaje era el mismo. El resultado de la cacería fue una chorrera de presos, centenares de heridos, varios muertos y no había ninguna posibilidad de que allí el desastre se detuviera.

No, ya no había nada que hacer en ese lugar. Era urgente desaparecer en la maleza, por lo que los de la Federación esperaban la orden de Dalmasio. Pero éste parecía tener raíz en el suelo y no se movía; se le habían agarrotado las piernas del terror que tenía y no respondían a su cerebro. Hizo un esfuerzo mental y se concentró en sus piernas; las impulsó con su mente y con la mandíbula apretada; movió un pie, luego el otro y se preparó para el impulso definitivo.

— ¡Al monte! —gritó una vez más y dio el salto.

Rápido, pegado al suelo como una iguana, llegó hasta los primeros algarrobos y guayacanes para cubrirse y, desde allí, guiar a sus compañeros por un sendero hacia la oscuridad salvadora.